

Relaciones bilaterales entre el Ecuador y EE.UU. durante las décadas de los años ochenta y noventa*

GUSTAVO PALACIO**

Se considera que la política del presidente Osvaldo Hurtado, en seguimiento de la política del extinto Jaime Roldós, tuvo un carácter de neutralidad e independencia respecto de las presiones ejercidas, en esa época, por el orden bipolar. Así, el Ecuador intentó balancear el peso tradicionalmente ejercido por los Estados Unidos, mediante una política pluralista, de apertura y estrechamiento de relaciones con los países de Europa Oriental, China, los países del Tercer Mundo y con Europa Occidental. Fue justamente durante la administración de Hurtado que el Ecuador ingresó, el 25 de septiembre de 1981, al movimiento de los "no alineados"; en enero de 1984 restableció relaciones con Cuba. En mayo de 1984 el presidente Osvaldo Hurtado visitó oficialmente la República Popular China, país con el que se suscribieron por primera vez importantes convenios de cooperación económica y científico-técnica. Durante su administración también se establecieron relaciones con Mongolia, se abrió la Embajada del Ecuador en Budapest, Hungría, y se suscribieron acuerdos de cooperación con la URSS y varios países de Europa Oriental.

Respecto de Europa Occidental, la política ecuatoriana de no alineamiento, apertura y diversificación, para lograr una mayor presencia internacional, de carácter independiente, también dio resultados. Alemania Federal, Francia, Italia, los Países Bajos, entre otros, otorga-

* Este artículo es un fragmento resumido de la tesis de maestría en Relaciones Internacionales que el autor cursó en FLACSO, Ecuador.

** Funcionario de la Cancillería ecuatoriana, y actualmente asesor del Ministerio de Bienestar Social del Ecuador.

ron en el Gobierno del presidente Hurtado importante cooperación financiera al país. Bélgica, España y Japón concedieron entre 1982 y 1983 importantes líneas de crédito y en 1984 la Comunidad Europea ofreció dar especial tratamiento al intercambio comercial con los paí-

Durante los ochenta y noventa, gran parte de la política exterior ecuatoriana estuvo orientada hacia el tratamiento del problema territorial con el Perú.

ses de menos desarrollo del Pacto Andino, es decir a Ecuador y Bolivia. La nueva orientación de la política exterior ecuatoriana, hacia una postura pluralista, fue subrayada en los propios discursos oficiales de la administración de ese entonces. Sobre el tema, el canciller Luis Valencia se-

ñaló: “la apertura de Ecuador a otros continentes implica que se ha marcado un nuevo derrotero en nuestras relaciones. No permaneceremos confinados a los estrechos límites nacionales o meramente vecinales o regionales”.¹

Con Hurtado el Ecuador asumió posiciones claras respecto de temas delicados, objeto de presión en el marco de la Guerra Fría, relativos a la situación política centroamericana. Sin vacilación el Ecuador condenó la invasión norteamericana de Grenada en 1983 y declaró su apoyo al Grupo de Contadora, a la vez que criticó las injerencias norteamericana y de la URSS en la crisis centroamericana.

Uno de los aspectos de la política exterior de Osvaldo Hurtado, constituyó su afán por plantear posiciones de consenso, a nivel regional, sobre el tema de la crisis latinoamericana y la deuda externa, sobre la base de una “responsabilidad compartida” del problema. En especial fue importante el pedido de los países del Acuerdo de Cartagena, formulado el 22 de junio de 1984, de celebrar un “diálogo político directo entre los gobiernos de los países acreedores y deudores, para resolver el problema de la deuda de América Latina”.² El problema de la deuda externa, tal como lo explica Mladen Yopo en su libro, por su implicación para la vida económica, política y social del Ecuador, va a convertirse a partir de la “crisis de la deuda” en una de las preocupaciones constantes, centrales de la política exterior ecuatoriana. Efectivamente a lo largo de este trabajo veremos cómo, el tema de la deuda constituye una especie de columna vertebral de las relaciones bila-

terales entre el Ecuador y los EE.UU., aunque no cabe duda de que existe una fuerte corriente que prefiere presentarlo en la superficie como una relación indirecta.

Es interesante notar que a pesar de su búsqueda de una política exterior más independiente frente a los EE.UU., en 1983 el Gobierno norteamericano levantó la prohibición impuesta al Ecuador de importar atún y sus derivados. Los EE.UU. había tomado esta decisión en represalia hacia el Ecuador por el apresamiento durante los años setenta y en 1980 de barcos atuneros norteamericanos que pescaban en lo que el Ecuador consideraba su mar territorial de 200 millas. Tal como lo señala Mladen Yopo, esta medida se mantuvo incluso luego de la visita del Secretario Adjunto de Pesca de los EE.UU., Theodore Kronmiller, y de que el Gobierno ecuatoriano reiteró la defensa de su soberanía marítima sobre la base de un mar territorial de 200 millas marítimas.

No cabe duda de que durante los ochenta y noventa, gran parte de la política exterior ecuatoriana estuvo orientada hacia el tratamiento del problema territorial con el Perú. En la administración Roldós-Hurtado, se registraron los enfrentamientos de los dos países, alrededor de la Cordillera del Cóndor. Sobre este histórico conflicto territorial, que databa del siglo XIX y que culminó en noviembre de 1999, la mayoría de analistas coinciden en señalar que la posición de EE.UU., en general, siempre fue de apoyo al Perú, independientemente de quién tenía la razón, por consideraciones puramente geopolíticas. En el caso de la administración de Osvaldo Hurtado, sin embargo, fue relevante la decisión del Gobierno de Ronald Reagan, tomada en 1981, a raíz del recrudecimiento del conflicto entre los dos países, de levantar la prohibición impuesta a Israel, de venta de aviones Kaffir, caza bombarderos equipados con motores de la compañía estadounidense General Motors.

Con relación al tema de las relaciones económicas bilaterales, es interesante asimismo constatar que durante el Gobierno de Hurtado éstas se fortalecieron, hecho que fue objeto de elogio por parte de la administración norteamericana, a través de su Embajador en Quito (Samuel Hart), sobre todo en lo referente a la inversión extranjera (Mladen Yopo).

LA POLÍTICA NORTEAMERICANA HACIA AMÉRICA LATINA PREVIO EL FIN DE LA GUERRA FRÍA

Cabe finalmente señalar ciertos elementos de lo que, de acuerdo a los estudiosos, caracterizó la política exterior de EE.UU. hacia el Ecuador durante la administración de Reagan en el período comprendido entre 1981-1985. Según el académico Howard J. Wiarda, dicho período tuvo dos etapas distintas, una de conservadurismo, de 1981 hasta 1983, y otra de "retorno hacia la moderación", correspondiente a los años 1983-1985. En la primera el nuevo Gobierno de Reagan asume una posición de "línea dura" hacia América Latina, en especial hacia Cuba y Nicaragua, en América Central. En esta etapa no hay simpatía por el tema de los "Derechos Humanos" impulsado por la administración Carter, y por el contrario se brinda apoyo a los ya vetustos regímenes totalitarios de derecha, como es el caso de Argentina, Brasil, Chile, y algunos países de América Central desprestigiados, como fue el caso de Guatemala y El Salvador. Importante impacto tuvo también la invasión a Grenada en 1983. En su trabajo *United States Policy toward Central America*, Howard J. Wiarda cita a Jeane Kirkpatrick, una de las funcionarias claves en las relaciones para América Latina durante la administración Reagan, quien con una posición típica de línea dura de la "Guerra Fría" consideraba que "From the point of view of fundamental US national interest considerations, totalitarian leftists who allied themselves with Cuba and the Soviet Union were worse than authoritarian rights; that authoritarian regimes ... were easier to reform or even replace them than were those of the totalitarian type; and that even from the point of view of their own people the totalitarian regimes were worse because they provided no opportunity to their populations to alter their internal systems". En el período de la línea dura norteamericana, Howard J. Wiarda señala, además, que Latinoamérica no significaba ni de lejos una prioridad para la política exterior norteamericana. La administración Reagan estaba ocupada en asuntos internos, como la reforma de la economía, en franco declive y diezmada por el incremento de los precios del petróleo durante los setenta. En materia de relaciones in-

ternacionales, la prioridad era la construcción de un sistema sólido de defensa capaz de “enfrentar” a la URSS, país al que Reagan calificó, de manera digna del mejor posmodernista, como el “Imperio del mal”. Adicionalmente se debe recordar, como un hecho que abonó a la pérdida de legitimación del discurso institucional norteamericano por la unidad EE.UU.-Latinoamérica y al deterioro de la relación con la región, la posición asumida por los EE.UU. de apoyo a Inglaterra durante la Guerra de las Malvinas.

El período de “retorno a la moderación”, de 1983-1985, se caracteriza por el surgimiento de preocupaciones sobre temas esenciales y no de forma en América Latina. Así, se retoman el tema de Derechos Humanos y se da énfasis al tema de la democracia. Por primera vez, desde la política de la “Alianza para el Progreso” de Kennedy en los sesenta, se planteó que el problema de la inestabilidad política en América Latina era producto de problemas estructurales, como la pobreza y la iniquidad social. Al mismo tiempo se asumió la problemática de la seguridad de los Estados Unidos con relación a América Latina desde una perspectiva más amplia. Se apoyó varios procesos de democratización en América Latina, a la vez que por primera vez se reconoció que la pobreza de la región derivaba de la relación de desigualdad Norte-Sur. También se incorporó un nuevo concepto de seguridad para América Latina, enfatizando en el desarrollo y no solo en las soluciones militares. Los principios de esta nueva política hacia América Latina fueron enunciados en un importante reporte de la Comisión Kissinger. Pero lo más interesante de este tema, según el anteriormente citado Howard J. Wiarda, son las razones para este cambio de actitud de parte de los EE.UU. Básicamente se enuncian tres: 1. El gobierno de Reagan deseaba, por motivos electorales, disminuir la crítica de la opinión pública respecto de su fallida política hacia América Latina, en especial por las estériles campañas militares. 2. Obtener el apoyo político de la Comunidad Europea que criticaba los errores de la política norteamericana hacia América Latina. 3. La administración Reagan habría entendido que una solución por la fuerza no era viable en países con poblaciones poco dóciles como Nicaragua y El Salvador. La política de acercamiento hacia América Latina fue acompañada de un renacimiento del profesionalismo en el Departamento de Estado de EE.UU. Así, por ejemplo, de acuerdo a Howard Wiarda, fue relevan-

te la sustitución de George Shultz por Alexander Haig, sobre todo por el cambio de personal en el Consejo de Seguridad. A partir de este punto, el profesionalismo volvió a retomar su sitio en reemplazo de los partidarios ideológicos de Reagan. Un elemento adicional en el giro señalado de la política hacia América Latina fue la influencia de los centros académicos especializados, tales como la Universidad Georgetown, el *American Enterprise for Public Policy Research*, así como comisiones ad hoc como la Comisión Kissinger antes mencionada.

A manera de conclusión, cabe plantear la hipótesis de que durante la administración de Ronald Reagan, EE.UU. tomó la decisión de apoyar al Gobierno ecuatoriano, presidido por Osvaldo Hurtado, por la razón fundamental de que dicha administración representaba ante la mirada acuciosa norteamericana la posibilidad de que este pequeño país latinoamericano, el primero en emprender el retorno a la democracia en Sudamérica, después de varios años de dictadura en la región, cumpliera finalmente los requisitos para ingresar a la modernidad occidental. Por sus logros, tanto políticos como económicos, el Ecuador era considerado por EE.UU. como un país emprendedor, ejemplo para el resto de la región, similar a Bolivia, en particular por sus esfuerzos de inserción en el mercado internacional, en base a los nuevos parámetros de liberalización económica de principios de los ochenta. Esta posición de EE.UU., de otorgar a manera de premios, el reconocimiento internacional a los países “modelo” opcionados por ingresar a la modernidad, estaba además condicionada por el temor de que en Latinoamérica se produjera una expansión de la ola revolucionaria, que tenía su epicentro en Centroamérica con el triunfo de los Sandinistas en Nicaragua y la amenaza de los poderosos grupos insurgentes, apoyados por Cuba, en Guatemala y en El Salvador; todo esto dentro del marco de desconfianza entre las grandes potencias protagonistas de la Guerra Fría.

Es importante recordar que Osvaldo Hurtado, el autor de *Dos Mundos Superpuestos*, planteaba un proyecto político que apuntaba a la construcción de un país “moderno”, paradigma que, a ojos de Estados Unidos, solo había sido alcanzado por pocos países del continente, entre otros Argentina, México Brasil y Costa Rica. Adicionalmente, se debe tomar en cuenta el marco de Guerra Fría, en el que se desen-

volvían las relaciones entre los países latinoamericanos, que determinaba una política de oposición a los movimientos sociales de izquierda, objetivo compartido tanto por el Gobierno norteamericano como por las elites latinoamericanas. Esta situación cambiaría sustancialmente luego del descalabro del llamado “bloque socialista”, tras la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS. Un elemento no menos importante es el que destaca Demetrio Boersner respecto al papel que a nivel internacional jugó en los años ochenta la socialdemocracia europea, que supo alimentar en su provecho los sentimientos y políticas antinorteamericanas del Tercer Mundo, en especial de Latinoamérica.³

Un elemento adicional en el giro señalado de la política hacia América Latina fue la influencia de los centros académicos especializados.

LAS RELACIONES BILATERALES DURANTE LA ADMINISTRACIÓN DE LEÓN FEBRES CORDERO

La política exterior de Febres Cordero, al igual que en otros gobiernos de derecha, estuvo influenciada por la propaganda ideológica de la Guerra Fría. Esto se hacía evidente sobre todo respecto a la situación en Centroamérica, en particular en Nicaragua, Guatemala y El Salvador. La importancia que asignaría León Febres Cordero a las relaciones bilaterales con EE.UU., en detrimento de la política multilateral, de apertura y no alineamiento de Osvaldo Hurtado, se hizo evidente pocos días antes de que éste asumiera el mando, con relación a la OEA, organismo que varios países latinoamericanos buscaban revivir y reincorporar a la política regional. El 6 de mayo de 1984 el recién elegido presidente del Ecuador declaró que “Una OEA sin los Estados Unidos sería una aberración”. Cabe destacar que varios de los miembros del gabinete de Febres Cordero, al igual que él mismo, habían sido graduados en universidades norteamericanas, y hacían gala de ser fieles creyentes del esquema neoliberal, en boga a nivel internacional y en Sudamérica a partir de la experiencia de Chile. Otro hecho importante de la administración de Febres Cordero constituyó la ruptura de relaciones con Nicaragua, luego de declaraciones del mandata-

rio ecuatoriano sobre la política del Gobierno Sandinista de Daniel Ortega. El hecho impidió que el Ecuador pudiera formar parte del Grupo de Contadora, y ejerciera presión a favor de los lineamientos estadounidenses. La tendencia durante este período a la incondicionalidad diplomática para ganarse la buena voluntad norteamericana ha sido objeto de análisis y disertación de académicos estadounidenses. En su tesis *Theories of Dependent Foreign Policy and the case of Ecuador during Hurtado and Febres Cordero Administration, 1981-1988*, Jeanne Anne Klak Hey,⁴ escribe:

So while Febres Cordero could be assured that Washington approved of his breaking relations with Nicaragua, the vocal support and recognition one would have expected from the anti-Sandinista Reagan Administration was never forthcoming. Indeed, Abrams's behavior in Ecuador reveals that Reagan's team was specially concerned about making clear that the US had *not* influenced the Ecuadorian decision. Careful not to appear the foreign policy bully in Latin America, Washington could win more negative publicity against Nicaragua if it appeared that Ecuador had taken the decision wholly independently of the US. Ecuador's isolation of Nicaragua was more powerful as an independent decision than if it had been the result of US pressure.

Uno de los temas controvertidos de la política bilateral Ecuador-EE.UU., preconizada por Febres Cordero, fue la realización de las maniobras "*Blazing Trails*", un proyecto patrocinado por la Acción Civil norteamericana para reparar puentes y caminos en la Provincia del Napo que había sufrido estragos por terremotos en la zona. En las tareas de reparación trabajaban 600 efectivos militares norteamericanos, que eran reemplazados cada 15 días. El proyecto se inició en mayo de 1986 y duró hasta julio de ese año, cuando el Congreso ecuatoriano, por iniciativa de la bancada de centro izquierda, se pronunció por su retirada, aduciendo violación a la soberanía. En el campo de política económica multilateral, la administración de Febres Cordero también asumió posiciones que buscaban un acercamiento con los EE.UU. Así, Febres Cordero ignoró la imposición de cuotas de producción, planteada por la OPEP, e incluso amenazó con retirar al Ecuador del cartel. Otra decisión destinada a complacer a Washington fue el anuncio de modificar la Decisión 24 del Pacto Andino, que regulaba la inversión extranjera.

Uno de los aspectos relevantes de la relación entre las administra-

ciones Reagan y Febres Cordero lo constituyó el tema de la deuda internacional latinoamericana. Paradójicamente, el tema tuvo dos fases, una de acuerdo y otra de discrepancia. Según señala el Departamento de Estado de EE.UU. en su informe sobre las relaciones bilaterales, los representantes de los gobiernos de ambos países coincidieron completamente tanto en el campo político como económico, con ocasión de la visita de una semana que realizó a la Casa Blanca el entonces presidente Febres Cordero en 1986. Como resultado de dicha coincidencia de posturas, el Ecuador fue uno de los pocos países que se acogió al llamado *Plan Baker*, de “alivio” de la deuda externa, que para la época fue catalogado por los analistas como “*too little and too late*”.

La política de Febres Cordero fue en general consecuente con su posición de búsqueda de un acercamiento a los EE.UU. Su administración deseaba un entendimiento bilateral entre el Ecuador y sus acreedores, antes que la conformación de un cartel regional de deudores para la renegociación de la deuda, como lo habían planteado algunos líderes latinoamericanos. Sin embargo, el Gobierno de Febres Cordero, debido a la falta de apoyo internacional y al terremoto de 1987 que provocó la rotura del oleoducto ecuatoriano, se vio avocado a anunciar una moratoria del pago de la deuda externa. Es interesante notar que Leon Febres Cordero, al asumir el mando presidencial había declarado con un tono que puede interpretarse como nacionalista: “En las semanas siguientes discutiremos un plan de recuperación económico con el FMI, el cual, incluso si implica racionalización y austeridad de nuestra economía no puede significar más pobreza para el país. Los tecnócratas del FMI son economistas fríos que siguen parámetros y normas económicas, que no necesariamente reflejan el gradualismo necesario para reajustar la economía de los países en caos”.⁵

Volviendo al análisis desde adentro de la perspectiva norteamericana, planteado anteriormente, cabe destacar que durante el período de la administración Reagan correspondiente a 1985-1987, de acuerdo al criterio del citado académico Howard Wiarda se produjo un “resbalón hacia el conservadurismo”. Según el estudioso norteamericano, el viraje al centrismo de los años 1983-1985, no va a ser definitivo, pues como él mismo señala, “de cada dos pasos adelante, por lo menos uno se daba hacia atrás” en materia de política exterior ha-

cia América Latina. Según Wiarda, el viraje va a tener varias etapas, que oscilan entre reflujos de conservadurismo hasta que se logra una tendencia permanente.

Entre varias de las razones para explicar esta situación en el período del “resbalón” de los años 1985-1987, se señala la decrepitud de Reagan y el predominio de los ideólogos de línea dura sobre la burocracia profesional. A diferencia de Alexander Haig, se considera que George Shultz no estaba interesado en nada que tuviera que ver con Latinoamérica.

EL TRIUNFO DE LA MODERACIÓN EN EL DEPARTAMENTO DE ESTADO (1987-1988)

En este período se produce otra vez un cambio hacia el centro, sobre todo porque nuevamente toman posición funcionarios de carrera con respecto a América Latina. El equipo conservador de Jeane Kirkpatrick es reemplazado. Finalmente el Gobierno retira la ayuda a los contra en Nicaragua y a los militares en el Salvador y Guatemala.

El estudio de la política bilateral Ecuador-EE.UU., durante la administración de Febres Cordero, plantea un tema ineludible de reflexión,

Desde la óptica de la teoría realista de relaciones internacionales, éstas son simplemente catalogadas como relaciones de hegemonía de parte de EE.UU. hacia América Latina.

en particular con relación al tema económico-político de la relación entre los dos países, y que puede formularse de la siguiente manera: Por qué EE.UU., a pesar de los innumerales esfuerzos de la administración Febres Cordero para

complacer y ganarse la buena voluntad de la administración norteamericana para convertir al Ecuador en un nuevo Taiwan, no dio el respaldo político y económico que el Ecuador necesitaba, bajo el esquema neoliberal en boga? Al respecto resulta casi inevitable pensar en lo que sería una respuesta obvia de la escuela de la “dependencia latinoamericana”, en el sentido de que las relaciones EE.UU.-América Latina están determinadas por vínculos económico políticos de depen-

dencia. Son relaciones de términos de intercambio desigual y de explotación de doble vía, gracias a la división estructural del trabajo, entre productores de bienes y servicios y simples productores de materias primas, a nivel internacional entre el centro y la periferia. Desde la óptica de la teoría realista de relaciones internacionales, éstas son simplemente catalogadas como relaciones de hegemonía de parte de EE.UU. hacia América Latina. Son relaciones enraizadas en lo estructural del sistema capitalista mundial, que no pueden cambiar por el deseo de los gobernantes, la propaganda ideológica, o las políticas exteriores de “buena voluntad” de los países de la periferia.

Sobre el conflicto Ecuador-Perú, la política de Febres Cordero también, como en el caso de la deuda, fue de excepción, en el sentido de que, en este caso por razones de política interna, se negó a aceptar el lineamiento norteamericano de una solución pacífica, pragmática, del problema. El carácter nacionalista de Febres Cordero sobre el tema determinó la presentación de la tesis de la “Herida Abierta” del conflicto, una postura que apuntaba a la postergación de la solución del conflicto hasta lograr una posición negociadora fuerte para el Ecuador. Esta política no fue compartida ni avalada por la administración norteamericana de la época.

LAS RELACIONES BILATERALES DURANTE EL GOBIERNO DE RODRIGO BORJA

Las relaciones bilaterales Ecuador-EE.UU., durante la administración de Rodrigo Borja, líder de la Izquierda Democrática que había triunfado en las elecciones de 1988, en su tercer intento por llegar al poder, con el apoyo de la centro izquierda y centro derecha ecuatorianas, unidas contra el populista Abdalá Bucaram, se iniciaron con un altercado anecdótico provocado por la inauguración del mural del pintor Oswaldo Guayasamín en la sala de sesiones del Congreso ecuatoriano. El artista ecuatoriano, reconocido internacionalmente y de conocida trayectoria en la intelectualidad de izquierda ecuatoriana y latinoamericana, amigo personal de Fidel Castro, había concebido un mural sobre la lucha histórica del pueblo ecuatoriano por la libertad, en medio del cual se distinguía, en representación de la brutalidad militar e inje-

rencia extranjera, un hombre con un casco nazi, en el cual se leían las siglas "CIA". La comparación explícita entre el Servicio de Inteligencia con la Gestapo Nazi provocó el reclamo airado del Departamento de Estado norteamericano a través de la Embajada en Quito, al punto que se amenazó con la no presencia de la delegación estadounidense durante la ceremonia de transmisión del mando del nuevo presidente si es que la obra de arte de Guayasamín no era retirada o cambiada su alusión a la CIA. Al final, el "impase diplomático" no fue más allá de lo anecdótico. El mural no fue cambiado, ni ocultado. A la ceremonia de transmisión del mando asistió el Secretario de Estado, George Schultz.

Sin embargo, de acuerdo al historiador Pedro Saad Herrería, la controversia del mural significó una puesta a prueba del nuevo Gobierno Social Demócrata de Borja, para ver hasta dónde era capaz de asumir una actitud de independencia frente a las presiones de los EE.UU. Según el mismo estudioso, embajador de Borja en la URSS y Rusia, el presidente ecuatoriano habría expresado a sus colaboradores, con relación a las pretensiones del Gobierno de Bush: "Si bajo los ojos no vuelvo a levantar el espinazo, me están midiendo. Si ahora me inclino, no vuelvo a levantarme". Borja tuvo la valentía de no inclinarse ante los EE.UU., y contrariamente a lo esperado por muchos de sus opositores de derecha, mantuvo relaciones dignas con los EE.UU.

En las relaciones bilaterales, durante la presidencia de Borja, tuvo gran incidencia la presencia de Diego Cordovez, funcionario de relevante trayectoria en las Naciones Unidas, quien favoreció una política de apertura similar a la practicada durante la administración de Hurtado. Esto se reflejó sobre todo en el incremento de la cooperación con la Comunidad Europea y en una cierta independencia frente a los dictámenes de Washington. Cordovez fue también el iniciador de una época de transformaciones internas en el Servicio Exterior Ecuatoriano, para lograr un mayor profesionalismo y modernización de la institución. En especial cabe destacar su preocupación por otorgar al tema económico una prioridad sobre los temas normativos tradicionales de la diplomacia ecuatoriana. También es importante resaltar sus gestiones ante la Comunidad Europea para constituir en el Ministerio de Relaciones Exteriores una infraestructura informática sin parangón a nivel de América Latina.

La mayor apertura del Ecuador hacia Europa fue facilitada sobre todo gracias a las conexiones partidistas y de amistad, social demócratas, del presidente Borja, en especial con Francia y España. Durante la administración de Borja, sobresalió la visita de Francois Mitterrand al Ecuador en 1989, así como las visitas oficiales de Borja a los países mencionados. Aquí, cabe recordar lo señalado con respecto a la administración de Osvaldo Hurtado, sobre el apoyo de la socialdemocracia europea a las políticas antinorteamericanas de los países del Tercer Mundo y América Latina, por resultar también válido para el Gobierno de Rodrigo Borja.

A nivel comercial, sin embargo, las relaciones entre los dos países se estrecharon durante la administración de Rodrigo Borja, lo cual se reflejó en la visita del mandatario ecuatoriano a Washington en Julio de 1990. La siguiente cita de la memoria de la Cancillería Ecuatoriana correspondiente a dicho período, con relación al viaje presidencial a los EE.UU. es muy ilustrativa del estado de las relaciones bilaterales, en particular en el ámbito económico: “El presidente Borja fue el primer presidente latinoamericano con quien el presidente Bush analizó la ‘Iniciativa para las Américas’. Cabe indicar que a partir de la llamada Iniciativa para las Américas el Ecuador se planteó como uno de sus objetivos de política exterior aumentar sus posibilidades de desarrollo... en la medida en que logren avances eficaces en los procesos de integración económica y de acción conjunta en sus negociaciones productivas nacionales. Así se podrá enfrentar y participar en un sistema económico internacional que ha cambiado profundamente y que presenta grandes desafíos, riesgos y oportunidades”.⁶ El buen nivel de las relaciones bilaterales también se vio reforzado por las visitas del vicepresidente ecuatoriano, Luis Parodi a los EE.UU., en cuya ocasión se establecieron varios programas de cooperación académica con diferentes universidades: Harvard, Rhode Island, New Orleans y Florida. De parte de EE.UU. visitó el Ecuador una delegación presidida por el embajador Edwin Corr, en el marco del Plan Bush, y cuyo objetivo principal era estudiar mecanismos para favorecer el comercio bilateral.

Con relación al tema de la deuda, de acuerdo a la información de la página Web del Departamento de Estado, “Borja saludó la propuesta presentada en marzo de 1989 por el Secretario de Estado del Gobier-

no de EE.UU., Nicolas Brady”, la cual consistía en la eliminación de una porción de la deuda a cambio de pagos asegurados del resto de la deuda. Sin embargo, se subraya en la mencionada página Web, el presidente Borja “asumió una posición similar a la de Bolivia, de no pago en virtud de la situación de pobreza”. Por supuesto, también existen visiones muy críticas sobre el rol del gobierno socialdemócrata con relación a la deuda externa. Según el analista económico Alberto Acosta, el Gobierno de Rodrigo Borja, contrariamente a lo expresado en la campaña electoral de “pagar la deuda social” y de la introducción de mecanismos innovadores como el “canje de deuda” por desarrollo y medio ambiente, “ya en el poder, el Gobierno borjista impulsó nuevamente el esquema de renegociaciones tradicionales y sin creatividad, situándose a la cola de las posiciones también bilaterales de los países más grandes y a la cola, en definitiva, de las políticas económicas y de renegociación de la deuda externa seguidas por Hurtado y León”.⁷ Un hecho sin precedentes del período señalado constituyó la retención arbitraria que el Citibank hizo de 80 millones de dólares del Estado ecuatoriano por supuesta deuda con la banca privada internacional.

Aquí, al igual que en el caso analizado anteriormente de León Febres Cordero, cabe la reflexión, de que son las relaciones hegemónicas de carácter estructural, de parte de EE.UU. hacia el Ecuador, las que predominan históricamente en especial en temas de fondo, como es el caso de las relaciones económicas y comerciales, por encima de las ideologías o las intenciones de los gobernantes de turno.

Es importante notar que en la agenda bilateral respecto de América Latina, incluido el Ecuador, durante la administración de Bush se incorporan, además del tema del desarrollo, nuevos temas: el narcotráfico y los Derechos Humanos. El tema del narcotráfico dio origen a la “Iniciativa Andina de Comercio”, presentada por el presidente Bush al Congreso de su país, según la cual EE.UU. eliminaría los aranceles de los países andinos que mayores esfuerzos estaban haciendo en el campo del combate al narcotráfico. El presidente Borja participó, al final de su mandato en 1992, en la Cumbre Presidencial Antidrogas en San Antonio Texas, en donde se formuló una declaración sustentada en el principio de las obligaciones y responsabilidad compartidas de los países productores y consumidores de drogas, intentándose dar

un enfoque global al problema y abarcando temáticas particulares como reforma del sistema judicial, educación y prevención del consumo, comercio de armas, etc.

Con relación al tema democracia y Derechos Humanos, a diferencia del Gobierno de León Febres Cordero, que tuvo problemas debido a acusaciones de violación de Derechos Humanos, el Gobierno de Rodrigo Borja fue aplaudido por su capacidad de diálogo y concertación con los sectores sociales. Durante su período presidencial se solucionaron conflictos laborales y se manejó de forma muy tinsa el primer levantamiento indígena del Ecuador en 1990, inicio del despertar identitario de uno de los sectores más excluidos de la sociedad ecuatoriana. Asimismo, el Gobierno de Borja puso fin, mediante negociación política, al movimiento insurreccional Alfaro Vive, que durante la administración de Febres Cordero había sido reprimido mediante métodos violentos. Todos estos logros de concertación social otorgaron al Gobierno de Borja una imagen de liderazgo concienzudo, racional y ético, que encajaba al igual que el Gobierno de Osvaldo Hurtado en el esquema de modernidad valorado por Estados Unidos.

Durante la administración Bush se produce una vez más un giro más pronunciado hacia la tendencia de centro.

Respecto al conflicto Ecuador-Perú, la posición del Gobierno de Borja se diferenció de la de Febres Cordero, pero tampoco fue del agrado total de EE.UU. Borja propuso que el diferendo sea objeto de un "arbitraje Papal".

LA AGENDA DE BUSH

Durante la administración Bush se produce una vez más un giro más pronunciado hacia la tendencia de centro. Howard Wiarda, sobre este período, recuerda que Bush fue uno de los presidentes de EE.UU. con mayor experiencia y conocimiento de política exterior desde Nixon, o incluso Eisenhower. El Secretario de Estado de Bush fue James Baker, de gran experiencia en las relaciones internacionales, y en ge-

neral hubo un grupo de tecnócratas profesionales manejando la política exterior, que habían sido reclutados del aparato diplomático estatal, el Consejo de Relaciones Exteriores.

Con Bush se busca resolver los problemas de Centroamérica, que habían dañado la imagen internacional norteamericana. Se plantea en la agenda el tema del narcotráfico y se apresura a Noriega en Panamá, marcando un precedente de control hegemónico militar importante en la etapa de fin de la Guerra Fría. Bush representa un punto de quiebre, representa el nuevo interés de EE.UU. en América Latina liderado por el partido republicano. Otros puntos importantes de la agenda para América Latina en la administración Bush constituyen la democracia, el tema de la deuda, la liberalización del comercio y asociación continental, planteados en la Iniciativa para las Américas (Howard J. Wiarda).

LAS RELACIONES BILATERALES DURANTE LA ADMINISTRACIÓN DE SIXTO DURÁN BALLÉN

El conocido politólogo e internacionalista ecuatoriano, Adrián Bonilla, señala en su trabajo *Las relaciones entre Ecuador y Estados Unidos: Entre el sobresalto y la rutina* que “el Gobierno del presidente Sixto Durán Ballén (1992-1996) tal vez tuvo la actitud más abierta hacia la política exterior estadounidense, no solo por la personalidad del presidente, quien fue educado y vivió algunos años en Estados Unidos, sino también porque su Gobierno fue beneficiario del fin de la Guerra Fría”. Bonilla añade que “para la Embajada de Estados Unidos, el mejor momento de la relación entre los dos países se produjo justamente durante ese gobierno, no solo por la disposición del presidente Durán Ballén hacia una actitud amistosa, sino por la ausencia de conflictos y la voluntad del régimen de emprender la reforma liberalizadora de la economía”. Efectivamente, durante la administración de Sixto Durán se fortalecen sobre todo los lazos económicos. La liberalización “sin la intervención del Estado” considerado un “mal administrador”, de la economía ecuatoriana es “recompensada” con varios acuerdos bilaterales: sobre propiedad intelectual, que sobre todo favorece a EE.UU., que procura asegurar el pago de regalías por el uso de tecnologías y

evitar la piratería del conocimiento, en particular en lo concerniente a la venta de software de las empresas norteamericanas. También se celebra un acuerdo para la protección “recíproca” de inversiones. Gran trascendencia se otorgó asimismo al acuerdo de extensión, por parte de EE.UU., de beneficios previstos en la “Ley de Preferencias Comerciales Andinas” ATPA, que tiene una vigencia de 10 años a partir de 1991 y que ampara a las exportaciones ecuatorianas. Lamentablemente para los llamados “Chicago Boys” ecuatorianos, que planteaban un modelo neoliberal a ultranza, el modelo, como se comprobó, no dio los resultados deseados, provocando el inicio de un descalabro financiero a mediano plazo, que se fue agravando con la profundización de la corrupción desde las más altas esferas. Como se sabe en noviembre de 1996, Alberto Dahik, tuvo que salir furtivamente del país a Costa Rica.

Respecto de la deuda externa, en el Gobierno de Durán Ballén se renegocia la deuda externa en condiciones que serían letales para el futuro de la economía del país. Los expertos en el tema señalan que uno de los errores graves del arreglo con el FMI para el pago de la deuda, fue que éste se basó en el supuesto, completamente equivocado y sin asidero real, de que la economía del país crecería a un ritmo de 4 por ciento anual.

Con relación al tema territorial, durante la administración de Sixto Durán Ballén, en enero de 1995 se producen serios enfrentamientos bélicos entre Ecuador y Perú, en la zona limítrofe. Para tranquilidad de EE.UU. y asombro de gran parte de los ecuatorianos, en particular de las Fuerzas Armadas, después de la llamada “victoria del Cenepa”, el presidente ecuatoriano, conjuntamente con el Canciller Leoro, anunció al mundo por primera vez, el reconocimiento y aceptación de la vigencia del Protocolo de Río de Janeiro, hecho que determinaría los límites de la negociación y solución del conflicto con el Perú, durante el Gobierno de Jamil Mahuad.

HACIA LA MODERNIDAD

Es tal vez bajo la administración de Bill Clinton, que EE.UU. empieza a estructurar más orgánicamente un proyecto de modernidad a

largo plazo para América Latina. Los primeros pasos relevantes históricamente hacia esta meta, constituyen la Cumbre de Miami del 9 al 11 de diciembre de 1994, en la que 34 jefes de Estado aprobaron la creación de una zona continental de libre comercio. Posteriormente dicha iniciativa norteamericana tendría su seguimiento en la Cumbre de las Américas (Chile del 18 al 19 de abril de 1998), en la que se formuló la “Declaración de Santiago” y en la que se aprobó un “Plan de Acción” enfocado hacia el fortalecimiento de la democracia, los Derechos Humanos, integración económica, libre comercio, educación, erradicación de la pobreza y la discriminación. Así, queda claro que en la agenda de EE.UU. para América Latina se empieza a incorporar temas nuevos, que pueden ser interpretados como los ejes de la modernidad para la región, etapa inacabada o deformada por los Estados nación inconclusos de América Latina, creados “artificialmente” a inicios del siglo XIX.

LAS RELACIONES BILATERALES DURANTE EL GOBIERNO DE ABDALÁ BUCARAM

El Gobierno de Abdalá Bucaram es considerado como una anomalía para las relaciones EE.UU.-Ecuador. Si bien es probable que, por lo menos al inicio, el Gobierno de EE.UU. habría visto con simpatía la subida de Bucaram al poder, por considerar que éste representaba a una “burguesía ecuatoriana chola”, capaz de contribuir a la democratización y homogeneización de la sociedad ecuatoriana, así como a la cohesión y creación de un sentido de identidad, necesarios para el ingreso a la modernidad, sobre la base de un ambicioso modelo económico neoliberal que procuraría retomar y enmendar los errores de los períodos social cristianos de Febres Cordero y Durán Ballén pero con un rostro popular. En poco tiempo el mal manejo político del Estado, los conflictos sociales, y la pugna con las elites tradicionales, fenómeno que en su conjunto es calificado por algunos autores como la “desinstitucionalización de la política” (Pachano y Bonilla) provocó el desencanto e incluso el rechazo del Gobierno norteamericano. A la crisis política, caracterizada por la fragmentación social y el resurgimiento del regionalismo, se sumaron los escándalos de co-

rrupción y arbitrariedad administrativa, como parte casi esencial de una actitud completamente clientelar del uso del Estado. La corrupción alcanzó niveles de extorsión que afectó los intereses económicos de compañías norteamericanas, lo que a su vez provocó una crítica airada de la Embajada de EE.UU., e incluso del Departamento de Estado al régimen bucaramista. Aunque queda la duda de si la intención de EE.UU. fue provocar de forma premeditada el derrocamiento de Bucaram o si se trataba de un llamado de atención a la “burguesía chola”, lo cierto es que su injerencia en los asuntos internos del país, con la complacencia, aprobación y participación de la oposición de derecha e izquierda del país, contribuyó para que esto sucediera. Es importante notar que para EE.UU. el tema de la democracia, uno de los principales de la agenda con América Latina, a partir de la década de los ochenta, está vinculado directamente con el de la lucha contra la corrupción. Con todo, y tal como lo señala acertadamente Adrián Bonilla, Bucaram buscó estrechar las relaciones con EE.UU. por razones tanto de dependencia política-económica como por el rol decisivo que Washington jugaba en el diferendo Ecuador-Perú.

Reflejo de lo señalado fueron los acuerdos bilaterales de esa época que recogen los temas centrales de la agenda: “Fortalecimiento del Estado de Derecho y apoyo democrático”; “Proyecto de apoyo a la Función Judicial”, el cual según la memoria de Relaciones Exteriores de dicho período está “destinado a mejorar las actividades burocráticas y la eficiencia en los trámites de las causas penales; inclusive por tráfico de drogas y lavado de dinero”.

LAS RELACIONES BILATERALES DURANTE EL GOBIERNO DE FABIÁN ALARCÓN

Durante el interinazgo del presidente Fabián Alarcón, la agenda de EE.UU. para el Ecuador no varió significativamente. Se acrecentó sí su presión por la solución del diferendo territorial y continuó su preocupación por la corrupción, elemento que había provocado la caída de Bucaram y agudizado la inestabilidad política del país. Al igual que con Bucaram, se sintió casi a diario la injerencia de la embajada norteamericana en la política interna. Así, por ejemplo, fue más que visible la

presión que ejerció el propio Embajador estadounidense, en contraposición a lo fraguado por los partidos de "la camioneta" porque la sucesión presidencial recayera en la vicepresidenta Rosalía Arteaga.

El período de Alarcón coincide con la etapa de impulso de una campaña civilizatoria para América Latina (Bonilla) iniciada por el presidente Clinton. Tanto en lo político como en lo económico, bajo un esquema en que se mezclan fórmulas neoliberales con proyectos basados en el fortalecimiento e intervención del Estado, EE.UU. pretende modernizar a sus vecinos del Sur. El mejor ejemplo, por supuesto, lo dan México y Costa Rica en Centroamérica, y Brasil, Argentina y Chile en el cono sur. En esta línea, cabe la pregunta: ¿cuáles son las razones para la nueva actitud de EE.UU. hacia América Latina? Sin duda la respuesta no es simple, pero estimo que ésta debe girar alrededor de 3 señalamientos básicos: 1. Existe una creciente preocupación (percepción) de EE.UU. con respecto a la inestabilidad política de América Latina (uno de cuyos focos de tensión más preocupantes lo constituye Colombia) atribuida a la situación de crisis económica, corrupción, pobreza e iniquidad social. Como centro hegemónico de la región y líder del actual sistema mundial unipolar, EE.UU., preocupado por su seguridad nacional y prestigio, no puede permitir que tal situación esté fuera de control, obligándose a tomar medidas precautorias del sistema mundial y de su seguridad nacional. 2. Frente a la globalización y a las futuras posibles amenazas, económicas o militares, que pudieran provenir en el futuro de potenciales rivales por la supremacía mundial, como China, Japón, la Comunidad Europea, EE.UU. debe planificar mecanismos integradores del continente, tanto en lo político, económico como militar. Sobre este punto, la cuenca del Pacífico tendría, con relación a China y Japón, una importancia estratégica. Lo señalado coincide con el criterio del académico norteamericano Peter H. Smith,⁸ quien subraya que "Within the Western Hemisphere there is every reason to anticipate the perpetuation, and perhaps the acentuation, of U.S. hegemony. In this event, a key determinant of U.S. policy toward Latin America will be the relative importance of the region within the overall global arena. This value will depend largely on U.S. relationships with major extrahemispheric powers and its own position in the world system".

En el marco de lo anterior, el control e **integración** política y económica del continente latinoamericano solo es posible mediante una "campana civilizatoria" (A. Bonilla) que equivale a los elementos esenciales de la modernidad inacabada de América Latina.

LAS RELACIONES BILATERALES DURANTE EL GOBIERNO DE JAMIL MAHUAD

En el período concerniente a la administración de Jamil Mahuad, se cristalizan varios de los objetivos inmediatos de EE.UU. para el Ecuador. Gracias a la docilidad del nuevo mandatario y a su capacidad para entender y ejecutar lo que Estados Unidos considera necesario, tanto en el campo económico como en materia de relaciones internacionales, luego de varios años de insistencia, finalmente se logra que el Gobierno ecuatoriano llegue a un acuerdo y firme la paz definitiva con el Perú. Esto permitiría a su vez que EE.UU. pueda negociar sin presiones con el Ecuador la concesión de la Base de Manta, necesaria para su planificación estratégica en la región latinoamericana, referida en los numerales 1 y 2 antes comentados. Con Mahuad queda claro que las prioridades de la agenda de los EE.UU. para América Latina y el Ecuador son: democracia, narcotráfico y comercio exterior e integración. Cabe señalar que los temas democracia y narcotráfico, bajo la óptica norteamericana, están relacionados entre sí, y ambos incluyen la preocupación sobre los subtemas de guerrilla, pobreza e iniquidad social.

Resulta interesante constatar que en la memoria correspondiente al período del presidente Mahuad, una buena parte del resumen de la gestión de las relaciones bilaterales la ocupan los acuerdos del 23 de septiembre de 1998 "para la Ejecución de los Proyectos de Apoyo al Desarrollo y de Ejercicios Militares Combinados", para el período de octubre de 1998 hasta septiembre de 1999; del 8 de octubre de 1999 "para la Ejecución de los Proyectos de Apoyo al Desarrollo y de Ejercicios Militares Combinados", para el período de octubre de 1999 hasta septiembre de 2000, los cuales "comprenden operaciones conjuntas de entrenamiento militar y policial, así como operaciones de carácter médico en las provincias de Imbabura, Morona Santiago, Cotopaxi, Chimborazo y Pichincha"; y del 12 de noviembre de 1999 "Concer-

niente al Acceso y Uso de los Estados Unidos de América de las Instalaciones en la Base de la Fuerza Aérea Ecuatoriana en Manta para actividades Aéreas Antinarcóticos”.

Con todo, al igual que el período de Bucaram, el período de Mahuad constituye, para utilizar el término de Bonilla, un nuevo “sobresalto” inesperado en las relaciones bilaterales EE.UU.-Ecuador. Sin embargo, a diferencia de lo que pasó con Bucaram, en esta ocasión EE.UU. intenta casi obstinadamente, “salvar” al presidente ecuatoriano, hasta el límite de lo posible, a pesar de las acusaciones y escándalos de corrupción, lo que habla de una política de doble standard de parte de EE.UU., cuando se trata de la representación de sus intereses. Dicha política es asimismo contradictoria, desde la perspectiva del propio EE.UU., en el sentido de que el apoyo político que el Gobierno de Washington puede brindar a un político a todas luces desprestigiado, como era el caso de Mahuad, corre el riesgo de malograr su propia imagen y por lo tanto su influencia para lograr sus objetivos de modernidad. Sobre esta segunda observación, cabe tal vez el comentario de que la política exterior norteamericana hacia América Latina, incluido el Ecuador, adolece de una falta de conocimiento de la realidad e idiosincrasia latinoamericana, tal como lo reconocen los propios expertos norteamericanos en materia de política exterior.

LA INJERENCIA Y EL PAPEL DE LAS REPRESENTACIONES

En el período de Mahuad, y en particular en la coyuntura anotada de sobresalto, es cuando más se acentúa la injerencia de EE.UU. con relación a la política interna del Ecuador. A lo largo del año 1999, fueron innumerables las visitas y declaraciones de apoyo de importantes funcionarios del Departamento de Estado de EE.UU. al Gobierno de Mahuad. Una de las visitas oficiales más relevantes, previas al derrocamiento de Mahuad, fue la del embajador Peter Romero, ex embajador en Quito, y actual Secretario de Estado adjunto para Asuntos Latinoamericanos. Al igual que lo hizo Alexander con Bucaram, Romero criticó abiertamente a la sociedad ecuatoriana y al Gobierno de Mahuad. El diplomático norteamericano se refirió a los problemas estructurales y coyunturales del país. Romero señaló que “el Ecuador

tenía básicamente 6 problemas que resolver, y que constituían un obstáculo para su desarrollo desde hacía varios años: los seguros sociales, la corrupción, el oleoducto, la privatización y la modernización del Estado". Sobre la política en el Ecuador, también dentro de lo estructural, Romero indicó que "después de tantos gobiernos en los últimos 40 meses y de políticas que van en distintas direcciones, no existe la confianza necesaria para que la comunidad internacional invierta (en Ecuador) ...litigar entre ustedes es contraproducente". (Diario *Expreso*, 18 de diciembre de 1999, p. 2). El tema de la desconfianza fue reafirmada una y otra vez por el Subsecretario de Estado norteamericano: "La comunidad internacional mira con incertidumbre al Ecuador debido a la inestabilidad política existente, lo cual provoca la falta de confianza de los inversionistas". (Diario *Hoy*, 17 de diciembre de 1999, p. 1). En términos de lo coyuntural Romero, previa su partida, manifestó: "no soy el salvador del país ni mucho menos" y que el Ecuador "le daba pena", subrayando que "son los ecuatorianos los que deben encontrar una salida a sus problemas". De forma lapidaria para Mahuad, Romero finalmente sentenció: "yo no puedo salvar al país, tampoco mi presidente, ni la Secretaría de Estado, la respuesta la tienen los ecuatorianos" (*El Comercio*, 18 de diciembre de 1999, p. 3). Lo citado fue complementado por Romero en una entrevista que le hizo el periodista Jimmy Jairala en televisión, el día de su partida a EE.UU. Romero señaló que la "salida democrática" consiste en que "los políticos escuchen la voz del pueblo, lo que el pueblo quiere". En dicha entrevista Romero señaló que la democracia es "el gobierno del pueblo para el pueblo".

Al igual que con Bucaram, se sintió casi a diario la injerencia de la Embajada norteamericana en la política interna.

No cabe duda de que Romero estaba resumiendo en sus diversas declaraciones los conceptos estereotipos, muchos de ellos completamente ciertos, que desde el siglo pasado tiene EE.UU. de América Latina y por supuesto de países como el Ecuador. No se trata sino del reflejo de una gama infinita de percepciones que apuntan a ver a la sociedad ecuatoriana como corrupta, racista, excluyente, inestable políticamente, atrasada, burocrática, ignorante, cuyas elites rapaces, regionalmente divididas, practican la política como un juego sucio de

intereses mezquinos, donde predomina la ambición personal y no un proyecto histórico de país, que en la lógica y racionalidad protestante impiden la consecución de consensos nacionales.

Es interesante notar que con respecto a la clase política, Romero señaló que el país no salía adelante debido “al canibalismo político” de sus líderes. (Diario *Hoy*, 19 de diciembre de 1999). Indicó que “los ecuatorianos son quienes tienen que solucionar sus problemas, pero al momento hay una falta de liderazgo. Además el país no ha cambiado”. (*El Comercio*, 18 de diciembre de 1999). Con respecto al presidente, Romero señaló que “fracasó su intención de coadyuvar a acuerdos políticos y sociales en el país y que éste carece de liderazgo y diálogo que le permita conseguir soluciones prácticas a futuro a fin de no poner en riesgo la oportunidad del crédito del Fondo Monetario Internacional”. (*El Telégrafo*, 18 de diciembre de 1999). En las frases citadas resulta evidente que Romero, al tiempo que destaca la posición de hegemonía que ejerce EE.UU. sobre el Ecuador, también deja claro que EE.UU. no considera necesario ayudar al Ecuador.

De otra parte, y también a diferencia de lo que pasó con el presidente “loco”, en esta ocasión, EE.UU. sí llega a comprender, o por lo menos presentir, que la situación social en el país, lo que es extensible a la mayoría de los países latinoamericanos, es muy grave, e incluso de impredecibles consecuencias. Así, EE.UU., centro hegemónico de la región, decide aceptar, e incluso propiciar, el cambio del jefe de Estado. Esto justificado por el principio de “preservación de la democracia” y la estabilidad política en la región. Es asimismo relevante notar que, más allá de las diferencias entre Mahuad y Bucaram, paradójicamente y en contradicción con los principios de mantenimiento de la democracia y estabilidad política, ambos fueron sometidos a presiones de los organismos financieros internacionales, en especial del FMI, con la venia del Gobierno norteamericano, empeñados en imponer condiciones sobre el ordenamiento macroeconómico y el pago de la deuda externa, situación que para la mayoría de analistas nacionales y extranjeros constituyó, a la larga, la razón de fondo de la “caída” de Mahuad. Es precisamente con Mahuad que los niveles de asignaciones presupuestarias destinadas al pago de la deuda externa e interna se vuelven insostenibles para la economía ecuatoriana. Dicha car-

ga, más el dinero utilizado en el conocido “salvataje bancario”, fueron los factores que hundieron al país en la mayor crisis económica de su historia republicana. La evaporación del presupuesto para lo social determinó a su vez que en el Ecuador se registraran los mayores índices de desempleo, pobreza, miseria e iniquidad social de la región. Se podría concluir, retomando el análisis de la geopolítica norteamericana para la región, es que EE.UU. se hace a sí mismo un llamado a la reflexión, expresado de manera inquietante a través de los medios de comunicación e importantes organismos internacionales como el BID y el Banco Mundial, además del propio Departamento de Estado, sobre la dirección que podría tomar América Latina, si no se produce un cambio de la situación económica y política. EE.UU. empieza a preocuparse además respecto al **costo real** (pago de la deuda externa, ordenamiento macroeconómico, términos más justos de intercambio) en términos de inversión de capital, que tendría la puesta en práctica de su estrategia, no solo con respecto al Ecuador sino a toda la región latinoamericana.

NOTAS

1. Mladen Yopo H., *Las políticas exteriores latinoamericanas frente a la crisis; Ecuador: continuidad y cambio en la política exterior de un país subdesarrollado*, Grupo Editor Latinoamericano, 1985, p. 214.
2. *Ibíd.*, p. 216.
3. Demetrio Boesner, *Relaciones Internacionales de América Latina, Breve historia*, pp. 248-250.
4. Jeanne Anne Klak Hey, *Theories of Dependent Foreign Policy and the case of Ecuador during Hurtado and Febres Cordero Administration, 1981-1988*, p. 248.
5. Mladen Yopo H., *op. cit.*, p. 220.
6. *Memoria de la Cancillería Ecuatoriana, 1990-1991*, p. 149.
7. Alberto Acosta, *La deuda eterna*, Quito, Libresa, 1994, p. 271.
8. Peter H. Smith, *Talons of the Eagle, Dynamics of US-Latin America Relations*, Oxford University Press, p. 368.